

Los Contemporáneos

532



EL ARTE DE FUMAR EN PIPA

NOVELA POR

EMILIO CARRERE

Ayuntamiento de Madrid

Número extraordinario

10 Cents.



PILOSUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Calle de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—Dame, ¡Oh Júpiter!, mi Dios amado,
algo que cure mi desazón,
que quite arrugas, que cure pecas,
que cause, al hombre, admiración.

—Toma, bendita, la PECA CURA
que aquí te entrego, cual galardón,
a tu constancia y a tu ternura.
Serás hermosa y serás pura
si la usas siempre con afición.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25. 5, 8 y 14 pts., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pa-
ñuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,
Rosa de Jericó, Chipre, Ginesta, Rosa, Ma-
tinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN
IGUALES por su finura, intensidad y per-
sistencia: Esencia, 16 pesetas estuche; lo-
ciones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas
creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES. 12. Precio fijo

UNA SENORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-
rativa, de resultados sorprendentes, que una
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-
nalmente, así como numerosos enfermos, des-
pués de usar en vano todos los medicamentos
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno
y como deber de conciencia, hace esta indi-
cación, cuyo propósito puramente humanita-
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-
se únicamente por escrito a D. ^{armen T.} ^{García,} Salmerón, 167.—Barcelona.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía
Idilio trágico.

Servo y tirano.
Los hijos.

Donde hubo fue-
po...

La ley de Malthus
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-
neos» que deseen adquirir alguna, la
recibirán franca de porte enviando
a esta administración, por cada to-
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre
monedero, giro postal u otro medio
análogo.

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEBILLA

EL ARTE DE FUMAR EN PIPA

EL PARROQUIANO DE LA PIPA

Todas las noches, a las diez en punto, cuando el sexteto sollozaba las arias de *El Juramento* o de *El Dominó azul*, y la tertulia del rincón llevaba el compás con las cucharillas, se alzaba el portiere y aparecía un señor craso, con gafas y un enorme sombrero hongo abatido sobre la nariz cyranesca, muy roja y reluciente, como si estuviese alumbrada por dentro.

—¡Las diez en punto! Ya está ahí el parroquiano de la pipa.

El camarero se acercaba solícito:

—¿Café, don Lulio?

—Café.

—¿En taza?

—En taza.

Este breve diálogo se repetía todas las noches, invariable, en el mismo tono, a las diez en punto, en la misma mesa, desde hacía cinco años. Después llegaba el echador, con gran estrépito de cafeteras.

—¿Mitad y mitad?

—Mitad y mitad.

—¿Leche en la copa?

—Leche.

Después, el señor de la nariz reluciente extraía una enorme pipa del bolsillo de su gabán, la llenaba de tabaco y la encendía, esmerándose, con deleite de fumador, como quien sabe que el éxito de una buena pipa depende del arte de encenderla. Cuando lanzaba la primera bocanada de humo eran las diez y diez minutos; igual que todas las noches.

Los parroquianos del Café del Porvenir constituían como una regocijada familia. Iban los mismos diariamente. El señor Peláez, un viejo revolucionario que tenía una pastelería, el cual sustentaba dos vanidades inocentes: haber sido amigo del general Pierrat, y creer que sus bartolillos eran la más delicada confitura de la corte. Marañón, el famoso jugador de tresillo, y García y Ortiz, probos

y humildes covachuelistas. En la mesa contigua solía sentarse el señor Bermúdez, antiguo miliciano, doña Salus, su compañera en este valle de lágrimas, y sus dos pimpollos, Asunción y Purita.

Pero el señor Bermúdez era un hombre metódico y sólo llevaba la familia al Porvenir los domingos por la noche, única fiesta en aquellas vidas vulgares, mansas y melancólicas.

El parroquiano de la pipa había intrigado durante mucho tiempo a sus vecinos de café. No hablaba nunca y esquivaba hurañamente el platicar; siempre con la enorme pipa en la boca, sobre la que se erizaban los mostachos luengos y grises. Los ojos, grandes y azulencos, miraban tras de los espejuelos de una manera triste, tímida e inteligente.

Al cabo, una noche supieron quién era el parroquiano misterioso. Don Lulio era archivero-bibliotecario, tenía cincuenta años, era soltero y vivía en un modesto mechinal en unión de cuatro gatos rubios, negros, atigrados, por los que sentía una ternura paterna. Además, se enteraron de que el parroquiano de la pipa era un sabio, un verdadero sabio que ocupaba sus ocios en escribir un extenso libro transcendental.

Pero fué en vano que quisieran complicarle en sus triviales discusiones.

—¡Ya no hay hombres!—solía gañir Peláez, el pastelero revolucionario—. En mis tiempos ya se habría echado *todo dios* a las barricadas y se hubieran pronunciado todos los sargentos. ¿No le parece a usted, caballero?

—Sí, señor, sí—replicaba don Lulio.

—¡Quiá, hombre, quiá!—replicaba Ortiz. — Los tiempos han cambiado; ahora no cabe más que la evolución. ¿No lo cree usted así, don Lulio?

—Sí, señor, sí.

Una noche de domingo, al entrar en

el café el parroquiano de la pipa, sufrió una terrible contrariedad; su mesa estaba ocupada. ¡La primera vez en tantos años! Sin duda aquello constituía un grave desconcierto en su vida monorrítmica.

Al verle en tal aprieto, los contertulios le invitaron a que se sentara con ellos. Don Lulio aceptó y acomodóse entre el famoso jugador de tresillo y Purita, la niña menor de Bermúdez, el valiente miliciano.

—¡Eh, don Lulio! ¡No dirá usted que está mal acompañado!—gritó Marañón, señalando a la muchacha.

Don Lulio la miró a hurtadillas. Purita sonrió, contemplándole con sus inmensos ojos azules, y el archivero sintió que un pudor extraño le encendía considerablemente el excesivo apéndice nasal.

La niña parloteaba con una gracia de pájaro y se reía de un modo entre maligno e inocente. Don Lulio no se atrevía a mirarla cara a cara y se abismaba en la lectura de su periódico; Purita parecía complacerse en su turbación, cuando al acaso, en su voltigear constante, sus piecitos inquietos tropezaban con los del honesto bibliotecario.

Aquella rubia diablesa juntaba al fresco perfume juvenil magníficas pompas carnales, y era toda su gentilísima persona una inquietadora contradicción infantil y picante; sus floridos diez y siete años tenían exuberancias matroniles: sobre los hombros gallardos, su cabeza era graciosa y sortilega, por los ojos hondos, la boca roja y gruesa, el cuello marfilino y el mohín sensual y retador de su conjunto armonioso.

Los senos altos, eran tal vez demasiado opulentos para el gusto clásico, y sus caderas sobrado redondas, pero satisfacían muy bien nuestro ideal estético fundamentalmente lujurioso. La falda le caía sobre el comienzo de las botinas imperiales y, cuando se sentaba, aderezaba los plie-

gues del vestido del modo mejor para que se ciñese a sus piernas firmes y magníficas.

Purita era una de esas pingües *te-billeras* que hacen delirar al fauno que todos llevamos dentro y que perturbaban seriamente la vida de esos donjuanes viejos y rijosos que vemos husmear a la puerta de los obradores y en las primeras filas de los teatros galantes.

En el trenzado incoherente de las conversaciones surgió el tema amoroso; todos dijeron su interesante opinión, y Purita, felina y coqueta, interrogó al archivero, acariciándole con sus ojos azules y malignos.

—Y usted, ¿cómo no se ha casado, don Lulio? ¡Debe de ser tan triste vivir solo!

—Sí, ciertamente... El estudio me ha alejado de las mujeres. Pero, de todos modos, yo no estoy solo: yo vivo con mis gatos...

—Pero... eso no es lo mismo—le interrumpió, con una alegre risa caseabelera y maliciosa.

Don Lulio comprendió que había dicho una tontería. ¡Claro que no era lo mismo que vivir al lado de una mujer bonita que vertiese un poco de oro de juventud, de amor y de alegría sobre sus pobres horas de misántropo!

Desde aquel punto el diálogo se hizo más íntimo. El archivero se iba dejando apresar en la lacería de aquella arañita coqueta de ojos azules y cabellos rubios. Purita tuvo un momento de sentimentalismo y de sinceridad. Los músicos tocaban *El anillo de hierro*. Ella también esperaba la

llegada de Rodolfo. Su ideal era un hombre inteligente, aunque no fuese muy joven, porque cerraría los ojos para dejarse encantar el alma por la parlería aromada de sentimiento y de poesía.

Los hombres maduros aman mejor y su amor es más ahincado que el de los mozos tornadizos.

Don Lulio estaba fascinado por aquella charla insinuante, por el jugar pícaro de los ojos, por los piecitos que repiqueteaban sobre los suyos y la pierna magnífica que al azar se le ceñía un segundo, haciendo vacilar el castillo de su virtud y de su sabiduría.

Cuando el sexteto tocó la última pieza, se deshizo el encanto. Don Lulio estaba transfigurado, y apretó la manecita blanca y gordezuela de la muchacha, los ojos llameantes bajo las gafas y más encendida la nariz cyranesca, que era el subrayado ridículo de su persona.

Pasó toda aquella semana lenta, monorrítmica. El archivero llegaba a las diez, pedía su café y encendía su enorme pipa con deleite de fumador.

La noche del domingo, cuando los contertulios llevaban el compás con las cucharillas y Purita y Asunción soñaban un poco a los acordes sentimentales de alguna zarzuela clásica, a la hora fatal, se alzó el *portiere* y apareció el pintoresco perfil de don Lulio. Todos se quedaron estupefactos, boquiabiertos, hasta que rompió el silencio Marañón, el formidable jugador de tresillo:

—¡Es increíble! ¡El parroquiano de la pipa se ha teñido el bigote!

LAS INQUIETUDES ERÓTICAS

Don Lulio, al salir del café, solía dar un pequeño paseo por las callejuelas de esta noble villa, que a esas horas suelen estar tomadas amorosamente. Pero no creáis que era rijosidad lo que le llevaba a cruzar esa especie de tela de araña, de jardines afrodisiacos, de encrucijadas de la voluptuosidad, donde el amor suele estar subrayado por las más amargas lacerias. Don Lulio iba impulsado por un anhelo hondo, ideal y carnal; buscaba algo que saciase la sed de belleza que le encendía la sangre y le hacía delirar el alma. Era un señor tímido, virgen de sensaciones de amor, que ardía en sí propio como en una gran hoguera, sin que nunca una palabra pecadora hiciese peligrar su seriedad de sabio y de hombre de orden.

La noche que hubo de hablar con Purita, las mozas de placer que hallaba al paso le hallaron menos rechacio que las otras noches, en que era sólo un extravagante espectador, acorazado contra las flechas del hijo de Venus. Una rubita gordezuela, con la boca como una puñalada de violento bermellón, se le colgó del brazo:

—¿Me convidas, nene?

No le hacía mucha gracia al archivero que le viesen de aquella guisa, como rodrigón de aquella gran dama de la gallofa, pero no sabía cómo rechazarla.

—Mira, aquí en casa de Juan. Es un bocadillo nada más, y luego nos vamos. Ya verás cómo quedas contento, galán.

La voz de la ramera tenía un dejo desgarrado, suplicante. Don Lulio la miró; era una ruina de amor, un andrajo de carne lasciva. Sentimentalmente, por aquella voz de miseria que surgía de entre aquellas menguadas galas de galantería, el archivero sintió en convidarla a cegar.

Llegaron a la taberna de Juan; un mozalbete achulapado les abrió la puerta: la sala estaba llena de meretrices, rodrigonas, rufianes y señoritos calaveras; runruneaban las voces, tintineaban los vasos, blasfemaban los cocheros que jugaban a los naipes; un borracho, de bruces sobre el velador, devanaba una plática absurda con una copa de aguardiente.

La moza y el bibliotecario, todo pudores y asfixia de alma entre aquella vaharada de canallería, siguieron un pasillo estrecho a cuyo fondo se veía la cocina con una reja alta y embarratada que se asomaba a un estrechísimo callejón. A la izquierda, en el corredor, había una mesa donde unas hetairas comían en unión de unos organilleros.

—¿Conoces a esa?—musitó la compañera de don Lulio.—Es la Cacharrito, una que ha gastao muchos posetines. Ya está algo puri.

El archivero contestó, ruboroso, que no tenía el honor de conocer a la Cacharrito.

—¡Anda, si la conoce todo Madrid! ¿Y a la Napoleón? ¡Habrás estado con ella, de seguro! Es casi tan conocida como la Chana.

La taberna de Juan era un rincón pintoresco del Madrid pícaro y trasnochador. Plantel de doncellas del buen vivir y copioso vivero de valientes; porque, desde el jaque de tufes y pañolillo anudado sobre la inuez, diestro en los naipes, con destreza de flor, que cobraba el barato del juego y de las hembras, hasta el pinche que modestamente mondaba patatas en la cocina, todos eran valientes en la zahurda, y para hacerse servir una modesta ración de menudillos era preciso estar dispuesto a jugarse la piel con cualquiera de los *apaches* del establecimiento.

Mientras llegaba el condumio, don Lulio se fijó en su camarada. *La Cangrejo* retocaba el ocaso de su segunda juventud con albayalde y bermellón y se adornaba los cabellos con un detonante prendido de flores, lo que le daba un aire de flamenca de pandereíta o de caja de pasas. En sus ojos glaucos había una amarga resignación de todas las miserias, de todas las humillaciones, de todas las brutalidades.

Entró una rodrigona muy azorada, en la compañía de una mocita cínica muy bien vestida, pero cuyas manos rojas y ordinarias delataban la antigua servidumbre.

—Oye, chica, ¿no has visto a la *Mallorquina*? Se me ha escapado hace un rato.

La Cangrejo soltó su reír canalla y contestó, encogiéndose de hombros:

—No sé nada. Me aqüesto a las ocho.

Este timo era en aquella época el último grito de la chulería.

Don Lulio la miraba con una extraña fijeza. ¡Era bien raro! *La Cangrejo* tenía cierta semejanza con Purita; un parecido de caricatura inquietante y atractivo.

Así, al salir de la taberna, el erudito se decidió a quebrantar el baluarte de su honestidad. Sería también aquella fusión de momento en el camastro de un burdel una caricatura de amor

con la mujercita ideal, que era al mismo tiempo gloriosa encarnación de una magnífica sensualidad. Entornaría un poco los ojos y tal vez la ilusión se aproximase a la deseada realidad...

La Cangrejo vivía en un lóbrego zaquizami, con dos camaranchones con ventana enrejada. Al entrar, la moza se le echó al cuello y le besó.

—Ya verás como somos amigos.

La alcoba era blanca y estrecha, y en un rincón ardía una lamparilla ante una *Dolorosa*. *La Cangrejo* pasó primero; se oyó un bisbisear de voces; después la voz de la moza sonó imperativa.

Don Lulio, inquieto, creía haber caído en una celada. La mujer salió presto, trayendo en los brazos, y medio dormido, a un niño con los ojos llorosos y asustados ante la presencia de aquel señor grotesco y desconocido.

—Es mi chico; no quería levantarle el pobre.

Después colocó al niño sobre un viejo sofá, arrebujándose en su mantón. Con canallas incitaciones de caderas, volvió a echar los brazos al cuello del bibliotecario, mudo, entristecido, que acaso sentía en aquel momento un profundo desdén hacia sí mismo.

—Cuando quieras, riquito.

Don Lulio echó una mirada al hijo de la ramera, dormido en su inocencia sobre tanto fango, envuelto en harapos, echado de la cama materna por su lascivia y sus monedas miserables, y tuvo que volver el rostro para que *La Cangrejo* no se burlara acaso de la lágrima sentimental que humedecía sus espejuelos de ratón de biblioteca. Después sacó un billete de su cartera, lo dejó sobre la mesa y se fué a la calle, con gran asombro de la moza de partido, que no se explicaba bien aquel rasgo extravagante.

—No le habré gustado—murmuró, y encogiéndose de hombros, echó el dinero en su faltriquera.

UN IDILIO EXTRAVAGANTE

Un día que el valiente Bermúdez tomaba su café con la tertulia de siempre, en el mismo momento en que, poseído de un gran ardor parlamentario, exclamaba accionando con una cucharilla: "Si yo fuera gobierno..." que es como solía encabezar sus discursos, sin dejarle concluir la frase apareció en el umbral el parroquiano de la pipa, le llamó aparte, con gran estupefacción de los contertulios y del mismo Bermúdez, extrañado de aquel aparato insólito.

¡Y la cosa no era para menos! Se trataba de la ceremoniosa petición de mano de la señorita Purificación Bermúdez para el distinguido y vetusto archivero bibliotecario don Lulio Ortiz, ilustre autor de un libro transcendental, síntesis de la humana sabiduría, que no conocía nadie aún y al que su autor había consagrado toda la vida.

—Pero usted ¿ha contado con la muchacha?—le preguntó Bermúdez.

—Yo he querido hablar primero a su padre — exclamó el archivero solemnemente.— Yo soy un hombre serio.

—Bueno... pues como usted quiera. Y ahora, con permiso, me voy a jugar mi tresillo, como todas las tardes.

La noticia cundió entre los parroquianos del café entre vayas y jácaras de lo fino.

Don Lulio estaba profundamente enamorado, con amor capaz de todos los heroísmos. Y era bien digno del *Romancero* aquel entusiasmo matrimonial con el fardo de sus años y de

su sabiduría, bagaje bien molesto para los lances amorosos.

El comprendía que aquel sentimiento que se sublimizaba en su corazón, que hacía florecer su vida, podía ser el paraíso de todos los encantos o el infierno de todos los dolores grotescos. ¡Oh, el ridículo de un viejo enamorado sentimentalmente como un poeta! ¡Oh, crueldad de los años y de la vida, que le empujaba a aquella escabrosa aventura, que era como una tremenda e inquieta interrogación! Aquella criatura encantadora ¿se resignaría a sus hurañeces, a su vejez y a su erudición, o coronaría su vida de estudio y de misantropía con el sarcasmo de una florida cornamenta?

Mientras tanto, el asunto marchaba viento en popa. Se veían todas las tardes en la calle, solos y por la noche en el café. Purita era toda alma para las sinceras expresiones de aquel tardío amor y toda llama, toda promesa, cuando el diablejo de la sensualidad pulsaba como una vihuela los nervios caducos del archivero.

Quando estaban juntos, la ecuanimidad del casto varón sufría serias conturbaciones. La diablesa rubia le cogía las manos, prodigándole delicadas ternuras o juntaba con la suya su pierna mórbida, apoyando contra su pecho las magnificencias de sus senos vírgenes. Otras veces le cantaba, bajito, al oído, para él solo, algún cuplé pícaro, lleno de malicia enardecedora. Don Lulio, en la cumbre de la exaltación, la asía de la cintura, sentía

que todas las caricias, todas las ternuras inéditas en su alma querían brotarle por los ojos, por la boca, y sólo con grandes turbulencias acertaba a decir:

—¡Purita! ¡Nena mía! ¡Yo te...!

—Y la bella frase, que estaba a flor de labio, no surgía nunca, desvaneciéndose bajo la nota irónica de su mostacho teñido.

Algunas veces le inquietaba la sinceridad afectiva de la muchacha. ¿Por qué podría aceptarle a él, viejo y sin mucha fortuna? ¿Habría tenido algún desengaño de amor, de esos en que cada beso es una quemadura eterna que no se cura jamás en el alma de las mujeres? Y al pensarlo sentía un horrible dolor de corazón, una gran furia de celos, y él, el virtuoso y tímido ratón de biblioteca, se sentía capaz del asesinato.

Purita vivía en un piso bajo conreja propicia para la plática amorosa, reja romántica, llena de flores como las de Sevilla, la legendaria, y Granada, la mora.

Cuando tornaban del café, charlaban un breve espacio del bello futuro, de aquel hogar que ella doraría con su juventud y con su alegría y que ahora era sólo un mechinal absurdo, lleno de libretos y de telarañas, palacio inconcebible de un viejo orate y erudito, sin más armonía que la canción de celo de los gatos, cuando Febrero loco hace delirar de amor sobre los tejados a los de esa especie que tiene tan crueles semejanzas con la femenina, tirana y vampírea de nuestro corazón y de nuestro cerebro.

Cuando finaba el idilio, don Lulio se alejaba, para volver en seguida y apostarse en la penumbra de la calle acechando tras del cristal, por una propicia rendija, la alcoba de la virgen. Alguna noche había tenido la fortuna de ver cómo se desnudaba, suplicio de placer tantálico que exasperaba su deseo.

¡Oh, la primera noche en que se le

apareció como una hostia de carne palpitante en la penumbra azulena de la estancia! ¡Qué violento batir de corazón cuando Purita comenzó a desceñirse la blusa, mostrando su blancura ambarina del cuello y de los grandes senos erectos, punzadores, bajo los encajes de la camisa coquetona sobre un corsé de cintas violeta! Después cayó la roja falda bajera, y los muslos opulentos, juntos, eran como una larga Y, por cimera el dorado penacho venusino.

Mas luego se desató las ligas azules, y en la graciosa inclinación era como una lira sagrada de la voluptuosidad. Los pechos, con su botón rosa, sin halo, blancos y macizos, parecían dos pomas próximas a caer de un jardín afrodisiaco de maravilla. Después, el archivero la contempló regimiento desnuda.

Una hermosa mujer desnuda es una cosa santa y divina con la máxima religiosa de la belleza. El alma se pone de rodillas para besarla, y el fauno que hay en nuestros sentidos tañe las más dulces y ardientes notas de su sirringa. En la maravillosa estatua está la gloriosa encarnación del amor y de la belleza, la puerta de la vida, la fontana inmortal y misteriosa que corre desde los primeros días de la humanidad como única compensación del dolor de la vida y de la muerte.

Don Lulio sentía que en su pecho brotaban, como rosas de pasión, los versos inefables de aquella *cantiga de las cantigas*, que fué tal vez por lo único que mereció Salomón la consagración de la sabiduría.

Cuando se desvanecía la visión, el pobre amante, viejo y grotesco, vagaba por las calles, ebrio de amor y de poesía, hablando solo, con esos discursos de poeta y de loco, dedicados a las estrellas y a los canes vagabundos, y lloraba y reía, tiraba a lo alto su severo chapeo de media copa, mientras la luna desleía su risa truhanesca sobre su calva ridícula de sabio.

Como todos los amantes felices, don Lulio sentía la necesidad de expansionarse, y contaba su ventura a todos los parroquianos del café.

—Purita; qué encanto de niña! Anoche estuvimos más de una hora con las manos juntas, mirándonos a los ojos. Le digo a usted que es un encanto.

—Bueno, hombre, bueno — gruñía Peláez, y tornaba la cara para guiñar a algún cofrade, y ambos reíanse a hurtadillas, sin que el bibliotecario notase la befa que se hacía de él.

Una noche de domingo, don Lulio notó que la niña se mostraba algo zafareña a sus rendidos halagos. En vano quiso cautivar su atención con la lectura de unos versos que para ella había compuesto, delicada pieza lírica, titulada "A ella", en la que Purita se llamaba Silvia y era pastora de un rebaño armiñado, como en los abanicos del siglo galante y cínico.

"Silvia, la rubia pastora,
zagalica de ojos bellos,
tu Florindo, si te place,
cuidará de tus corderos".

Florindo era él mismo, don Lulio Ortiz, archivero bibliotecario, con sombrero de media copa y el bigote tintado. ¡Oh magia del amor y de la poesía!

Sentado en una mesa contigua había un joven oficial con aspecto fan-

farrón y fieros mostachos borgoñones, que miraba a la muchacha con cierta galante impertinencia.

Celio, el *primer violín* del sexteto estaba inspirado aquella noche. ¡Que *Bohemia* había sacado! ¡como los ángeles! Había dicho Marañón, el tresillista—oyendo a este hombre hasta los muertos se salen de la *petaca*.

La *petaca*, lectores míos, es como donosamente se denomina el ataúd en la pintoresca germanía de los chulos madrileños.

Comenzaron a ejecutar *Tosca*. Muy sensible al ensueño de la música, Purita reconstruía la ópera melodramática de Puccini e imaginaba que ella era la actriz de los amores trágicos. Y soñaba y sentía intensamente cuando lloraban los violines la despedida a la vida, y la figura de Mario resplandecía como un dios de leyenda. Al pobre archivero, en aquella hora sentimental, acaso sólo le cupiera el papel de Scarpia, viejo y enamorado.

Cuando cesó el encanto de la melodía, los ojos extáticos de Purita estaban fijos en los ojos audaces y acariciadores del militar, y ambos sonreían con un mutuo encanto, atraídas sus juventudes por la lacería del hechizo del amor.

Don Lulio lo había visto todo, como un latigazo de realidad; procuró dominar su emoción, y una lágrima de infinita amargura mojó sus espejuelos y rodó a desteñir su bigote.

EL CAFÉ DE LAS CITAS

Pasaron varios días, y el archivero, dedicado al espionaje, pudo comprobar el asedio amoroso del teniente y el desvío de Purita hacia él, viejo y

sentimental, ahora más grotesco que nunca en comparación con el apuesto mozo.

En la calle de San Bernardo hay

un café llamado de El Paraninfo, blanco y pequeñito, con aspecto de haber sido botillería. Entrando por una callejuela inmediata, a la derecha, hay una sala tapizada de rojo, silenciosa y discreta, que es la *vicaría* de café más conocido de las parejas amorosas. Van allí las busconas de rango a ultimar los detalles de la capitulación de su honestidad, obreras y burguesitas con sus novios y alguna dama casada o pingüemente *entretenida* a quienes no conviene ser vistas en su piadosa tarea de ornamentar la testa conyugal o de satisfacer con algún galán una flor de capricho.

Los camareros no suelen comparecer si no se les llama con insistencia. No se enciende luz en aquella sala hasta bien cerrado el crepúsculo vespertino, porque el dueño del establecimiento conoce bien las ventajas de la penumbra y que su discreto celestinaje va en pro del buen agosto de su gaveta.

Un anochecido, Purita, bien rebujada en su velillo, recelosa y esquiva, traspuso los umbrales de la sala galante. En un ángulo la aguardaba el teniente, con su sonrisa donjuanesca bajo el mostacho conquistador y con marcial fanfarria de espuelas y de sable.

Cerca de ellos había una mujerona, con aspecto de cocinera, a quien las sisas dieran para arracadas brillantes, *tumbagas* y cadenas, y un mozalbete flaco, con grandes ojeras y mirar pilluelo. Era un Gerineldo con pantalón abotinado, que además debía de tener la honesta costumbre de cobrar bien los favores de su pinturera persona.

Íntima y dulce fué la plática de la niña con el militar. No debió de haber

graves ni largas discusiones, cuando al breve espacio salieron muy juntitos, cogidos del brazo, y atravesaron la calle. Muy de cerca les siguió, recatándose con ahinco, un hombre embocado. Cruzaron a la calle de la Manzana, luego la de San Ignacio y luego otra estrechuca y sombría... Ante una casa de aspecto inquietante, en una siniestra rinconada, se detuvo la pareja; hubo como un punto de vacilación, de defensa en la mujer. Después, desaparecieron por el portalillo.

Tras de abrir la mampara, había una escalera recta y pisa. Sonó un timbre, y en el descansillo apareció una mujer gruesa con un manejo de llaves a la cintura.

—¿Para un rato?

Y siguió por los pasillos en ángulo, con puertecillas a los lados, de donde surgían vagos y excitantes rumores. Abrió una puerta y entró la parejita en un cuarto estrecho, con un lecho muy alto, un espejo y un diván. En la pared había epigramas obscenos, fechas memorables en las historias de amor de muchas mujeres. En un rincón, un lavabo, con dos toallas y un peine. En el ambiente flotaba algo canalla, misterioso, estimulante. El ajuar del burdel tenía un encanto triste y vicioso, y el sigilo de la casa celestinesca daba al amor cierta apariencia de delito.

Se trenzaron los brazos. Sonó un beso ardiente y victorioso. Luego un largo gemido de placer y dolor.

Bajo los balcones, el archivero se paseaba cómico en la horrible tragedia de su corazón deshecho, como un harapo, con su chapeo de media copa y su enorme pipa bajo la roja nariz, reluciente, como si estuviese encendida por dentro.



NOCHE DE SÁBADO

La voz de la fábula nos ha contado la brujesca leyenda milenaria de la noche del sábado. Cuando el viejo reloj del campanario encantado clama las doce campanadas, la luna, que parece el rostro amortajado de un *clown*, sale a saludar a las sortilegas que, cabalgando en el viento, cantan las loas de Santa Walpurgis. En el monte maldito se celebra el aquellare de macabra liturgia; allí se cuecen los bebedizos maléficos, se fragua el conjuro demoníaco del onix y de albahaca, se tejen redes de tinieblas contra la vacilante y ciega voluntad de los hombres, y se envían mensajes del Cabrio a las almas confusas y a los pobres cuerpos delirantes de sensualidad, de que son mensajeros los Siete Pecados Mortales.

Son jirones de la leyenda medioeval, torpe y alucinada, que escuchamos de niños, junto al fogaril, de los labios exangües de la abuela. Después la creímos invención para impresionar las fantasías ingenuas y, sin embargo, el cuento de brujas tiene una simbólica realidad. El monte maldito es la ciudad, en sombra, donde hierve un montón de humanidad, que es carne de lucha y de dolor, y las brujas llegan a las conciencias y se asoman a los rostros envueltas en sus negros tabardos: se llaman Fanatismo, Error, Superstición, Ignorancia.

La noche de su gran desastre moral, era noche del sábado, y don Lulio Ortiz vagó por las calles, hora tras

hora, hablando a gritos, con la pipa apagada, haciendo eses de acera a acera; sentía desmoronarse toda su vida.

Al pasar junto a un grupo de damas callejeras, salió una voz burlona:

—Oye, *Monitos*. ¡Mira, una *merluz*a con gabán!

Creían que iba borracho. Don Lulio pensó entonces en que tenían razón. Debía emborracharse. Tal vez en el fondo del vaso estuviera el secreto encantado del olvido.

Beber para olvidar es una gran cobardía del espíritu. Los abúlicos, los enfermos, los fracasados, enmudecen su pena en el alcohol, se emborrachan como bestias. Pero, ¿quién no habrá sentido alguna vez el ansia de emborrachar el corazón para que no sienta y al pensamiento para que no atormente? En algunas simas de la vida duele el alma, materialmente, agudamente, y el alcohol pone un velo turbio y piadoso sobre el dolor de la realidad. A la mayor parte de los borrachos *profesionales* les repugna el sabor del vino, pero beben... En el vaso están el olvido y la renunciación. El vino es a veces piadoso con la trágica misericordia de la muerte.

Don Lulio Ortiz, el ecuaníme archivero, se hundió en el *pandemonium* de una taberna en la noche del sábado.

Había allí una vaharada acre, pastosa, asfixiante de humazo, de olor de carne sucia y miserable. Las almas

angustiadas ascendían por la escala visionaria del alcohol hasta una cumbre de absurdo y de inconsciencia.

Entre el humo denso y rojizo se veían en aquella antéala del Infierno rostros de obreros, en cuyos ojos ponía el aguardiente fulguraciones bestiales y homicidas; rameras, fatigadas de la *faena*, de ojos perversos donde flota una visión perennemente canalla, viejas lumnias que saben del encanto y del dolor de todas las pasiones, de todos los pecados y tal vez de todos los sacrificios.

Se trenzaban diálogos absurdos ante la copa de aguardiente, frases sin sentido, jirones de almas vacías, vocablos imprecisos. Había allí algo de manicomio y recordaba al gran padre Rabelais, con su gran risa crasa, esculpriendo el diálogo de los borrachos de Gargantúa. Pero en aquella enorme borrhachera colectiva había un fondo de dolor lento, de tragedia mansa y macerante.

Don Lulio intervino en la charla absurda de borrachos, con un desbordamiento de energía, que aumentaba a cada ronda de copas. Discutió de política con un albañil revolucionario, besó las manos de las rameras, quiso abofetear a una alcahueta y, ya completamente ebrio, salió, del brazo de sus absurdos camaradas, cuando el tabernero los echó de su honrado establecimiento.

Y ya no se acordaba de nada más. Despertó en su lecho, doce horas des-

pués, vestido. No sabía de qué modo automático llegó a su casa. La pipa yacía en el suelo. En la locura de la noche anterior había perdido su solemne sombrero de media copa y a los pies de la cama había una gorra manchada de cal.

Cuando el lunes fué a su oficina, le mandó llamar a su despacho el jefe, un señor viejo, beato, conservador e intransigente; con voz severa le increpó:

—Señor Ortiz, ruego a usted que pida la excedencia, para evitar que yo reclame del ministro su expulsión. Lo siento mucho; yo creí que era usted un hombre serio, pero he visto que es usted un libertino y un revolucionario.

Don Lulio temblaba, avergonzado.

—Yo le explicaré a usted...

—Nada. Le he visto yo a usted completamente beodo, del brazo de unos albañiles, cantando *Marina* y gritando ¡*Viva la República!*

—¿Yo?

—Sí, señor, gritando: ¡*Viva la República!* Yo no puedo tolerar en esta biblioteca a un enemigo del régimen.

Y le volvió la espalda.

Ortiz no se acordaba; pero cuando el jefe lo decía... y, además, no sabemos por qué, pero es el caso que todos los ciudadanos, incluso los presbíteros que se emborrachan, la primera expansión que tienen es dar vivas a la República, cosa que honra mucho a la distinguida clase de beodos.

EL LIBRO TRANSCENDENTAL

Fueron muchos los días de fiebre, en el mechnal solitario, sobre su lecho fementido, rodeado de sus gatos,

el corazón con el vacío de una copa que hubiese volcado todo su licor.

Tenía la sensación de que había

puesto un punto final en su existencia. Cuando se levantó estaba flaco, demacrado, decía palabras incoherentes, y su bigote, ya desteñido, había perdido la dignidad de las canas para trocarse en una cosa amarillenta y repugnante.

En su fracaso moral, sentía una gran angustia, un deseo místico de renunciar a todo. En otra época se hubiera hecho monje, o en los días de fiebre wertherista hubiera finado su vida el resplandor de un sonoro pistoletazo.

Su sentimentalismo defraudado no tenía más refugio que los libros. Volvió a su biblioteca, penumbrosa y silenciosa, a hundir la nariz sobre el pupitre, husmeando en los catálogos y en los incunables.

A la salida hacía su paseata por las afueras, fumando constantemente su pipa enorme. Algunas veces, el recuerdo de Purita llegaba a turbar su tranquilidad; entonces sacaba sus cuartillas del bolso de su amplio gabán y escogía aquel romance *A ella*, en que la niña del miliciano era Silvia y él, don Lulio Ortiz, el pastorcillo Florindo:

“Silvia, la rubia pastora,
zagalica de ojos bellos,
tu Florindo, si te place,
cuidará de tus corderos”.

Y volvía a su mechinal muy triste, muy triste, y abrazaba, llorando, a sus gatos, sus fidelísimos camaradas. ¡Oh grotesca ternura del grande hombre!

Una tarde encontró a Marañón en la calle, y a las demandas del admirable tresillista, don Lulio abrió la espita de su sinceridad:

—Claro, hombre, claro. Como que estaba usted haciendo *el indio*. La niña es una buena púa.

—Ha sido un desengaño horroroso, amigo mío—exclamaba don Lulio, suspirando.

—¡Lo que debe usted es dar gracias

por haberse enterado a tiempo! Esa chiquita está cansada de hacer citas en casa de la *Milagritos*; como que ese sinvergüenza de Bermúdez vive de lo que las niñas se ganan... honradamente. Pero vaya usted por el café, hombre de Dios. La costumbre, es la costumbre.

Y después de esta admirable sentencia, Marañón se despidió:

¡Ir a aquel café, donde podría encontrarla frente a frente! ¡Le daría vergüenza a él de la liviandad de ella! Le daría dolor y asco y rabia ver a aquella rubita de diez y seis años floridos, a quien había amado tan tiernamente, que se entregaba a los prestigios de un garañón con uniforme vistoso, sin más razón que sus bigotes rubios y las espuelas fanfarriosas.

Pero procuraba verla, alimentando así su pasión sin remedio, y pasaba por las rejas a aquella hora inolvidable en que la vio desnuda como una hostia de la comunión de la vida. Y la acechaba al salir de la casa, y miraba entre los estores, por las ventanas del café, las noches de domingo.

Y a última hora vagaba por las calles como un polichinela roto.

Poco a poco se fué borrando aquella gran pasión, paraíso e infierno de su alma. Como bálsamo de olvido, el buen don Lulio se consagró a su libro, a su obra maestra, síntesis de toda su erudición, que aquilataba bien la importancia del saber humano.

Aquella obra traía también preocupados a sus cofrades de biblioteca, que sabían el grado de cultura, de ciencia y de buen gusto del eminente bibliotecario don Lulio Ortiz.

Una mañana que trabajaba en ella hubo de alejarse para ciertas urgencias del servicio, y sus curiosos camaradas se precipitaron sobre el montón enorme de cuartillas, de letritas menudas y apretadas, lleno de tachaduras, de escolios y de apostillas.

La obra transcendental de don Lulio llenó de estupefacción a los en-

trometidos ratones de biblioteca. La síntesis del humano saber, la cima de la erudición ostentaba este título desconcertador:

"EL ARTE DE FUMAR EN PIPA"

Tal vez, hasta en esto fué un incom-

prendido el fracasado del amor, que se acercó demasiado tarde al festín de la vida. El libro de todos sus anhelos podía ser una formidable insensatez o, realmente, la visión más exacta del vivir a través de la lente de un escéptico.

OTRA NUEVA INQUIETUD

Es primavera; se desbordan las gentes por las calles, cantan los niños, ríen las mozas, el aire es perfumado y sensual. Don Lulio, casi curado de su pasión insensata, sentía intensamente la alegría de vivir bajo el sol primaveral.

Era aquella la hora de su resurgimiento. Las rosas nuevas, las lunas claras e idílicas, toda la magia de Mayo le hacía florecer espiritualmente. Y es que todos los animales, incluso los eruditos, sienten un amable renacimiento en las tardecitas doradas de la novia primavera.

A pesar de su bigote cano, Ortiz tenía un desbordamiento interior de entusiasmos. Era que estaba en plena juventud, pese a sus cincuenta y cinco otoños. El necesitaba emplear su energía de espíritu en algún amor, en algún ideal. Algo que limpiase su alma del polvo secular de sus libroles y de la ruinoso y triste biblioteca donde pasó como un buho toda su verdadera juventud. ¡Para amar a las mujeres era ya tan tarde! Y esa era su gran fiebre espiritual, la convicción de su

sed de belleza, de su misticismo de triste misántropo. Pero había que buscarse otra ventana abierta a la ilusión.

Como ya sabemos que era un animal de café, solía refugiarse a rumiar sus melancolías en el viejo de San Sebastián, un café vetusto y penumbroso, propicio a la meditación. El fracaso con Purita le había acarreado este otro serio trastorno: tuvo que cambiar de café.

Junto a él solían sentarse un señor viejo y pobre, de aspecto noble y rostro magro, con lengua perilla quijotesca, y su hija, una extraña criatura enfermiza, de ojos hondos e inquietantes, muy pálida de semblante y de una extremada y doliente delgadez. Padre e hija hablaban siempre con una dulce beatitud, con una suave resignación. Iban a las dos de la tarde y tomaban café con tostada, diariamente, y este simulacro de almuerzo conmovía mucho a don Lulio.

—Con esa alimentación absurda, esa muchacha, tan delgada, se va a esfumar un día ante mis ojos... Es tan sólo una sombra de mujer.

Parecían muy interesados en su conversación.

—Y ¿tú le viste bien?

—Como la última noche... Llevaba una túnica morada y me sonreía. ¿Cuándo iré con vosotros?—le dije. —El no hacía más que sonreír. Flotaba a dos palmos del suelo y estaba envuelto en una luz amarillenta...— Me voy: me llaman con urgencia de Saturno—dijo, y desapareció.

Don Lulio se puso muy asustado. ¿Quién sería aquel caballero de la túnica morada, que era tan necesario en Saturno? ¿Qué amistades tan extravagantes tenía la señorita de la media tostada! ¿Sería una loca, o estaría contando el asunto de un poema?

Ambos extremos eran igualmente peligrosos.

—Después — prosiguió la joven— vino uno que dijo que era Lutero, y daba unos golpes que parecía que iba a romper la mesa. Pero yo creo que era un kamarrupa.

¿Qué galimatías era aquello? ¿Por qué le llamaba a fray Martín con aquel remoque tan ridículo? ¿Cómo decía que Lutero le quería estropear el mobiliario?

De pronto, la joven clavó en Ortiz sus ojos alucinados, negros y fulgurantes, y exhaló un grito. Se crispaban sus manos, temblaba todo su cuerpo epilépticamente.

—¡Padre! ¡Al lado de ese caballero hay un espectro!

Don Lulio dió un salto en el diván.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿Yo no veo nada!

Pero a pesar de no ver nada, el pobre bibliotecario sentía un escalofrío de terror.

—Sí, sí — seguía la muchacha—. Es una forma de mujer... Me hace señas... ¿eh? Dice que es una hermana de usted, muerta hace diez años en Toledo. Tiene el cabello rubio y va vestida con un hábito del Carmen.

Mas de diez minutos pasaron hasta que don Lulio pudiera hablar. Estaba

pálido, tembloroso. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué extrañas pupilas eran las de aquella mujer, que veían en lo invisible? Don Lulio había tenido una hermana que había muerto en Toledo diez años atrás. Pero ¿era posible? Los muertos dejaban sus tumbas para visitar a sus deudos en la tertulia del café. ¿Cómo podía saber aquella mujer aquellos detalles de su mayor intimidad? El caso era realmente maravilloso.

Desde aquel punto se sentía desasosegado cuando le miraban los ojos bellos y alucinados de la muchacha clarividente.

—Por su asombro comprendo que es usted profano, caballero—dijo el señor de la perilla—. Esta ciencia que tiene mucho de religión, es tan vieja como el mundo. A los orientales les era familiar. En la India sagrada, en sus selvas maravillosas hay fakires que tienen poderes sobrenaturales al decir del vulgo. Son sencillamente magos o iniciados en la oculta sapiencia.

—Entonces, ustedes ¿son espiritistas?

—Sí, señor. Mi hija, Alicia, es *medium*, tiene el don precioso de ver a los muertos y de hablar con ellos.

—Y dígame usted, señorita, ¿quién era ese señor de la túnica morada de quien hablaba hace un instante?

—Un hirmanacaya, caballero.

—¡Ah!—Y don Lulio se quedó sin comprender nada.

El padre quiso aclarar los conceptos:

—Mi hija quiere decir que era una astralidad superior.

—Sí, sí... — replicó don Lulio.— ¡Caramba!, qué bien vestidos van los ¿cómo ha dicho usted, señorita?

—Los hirmanacayas son los espíritus de luz, los elegidos. Jesucristo es un hirmanacaya.

Por fin, don Lulio comprendió.

Como ya se hacía la hora de cenar, se separaron, pero a instancias del ar-

chivero, el señor de la traza quiotesca accedió a que presenciara una sesión en su casa, Sombrerete, 3, quin-

to piso, sin ascensor. Afortunadamente, los espíritus entran perfectamente por la ventana.

EL UMBRAL DE LA DEMENCIA

Se reunían en una sala pobre, con un sofá cojo, dos sillones sin tripas y cuatro sillas desvencijadas. En el centro había un velador negro, que era como el altar de las extrañas liturgias.

Don Lulio había leído algunos libros sobre aquella materia, precipitadamente, sin apenas enterarse de nada. Quería ir un poco preparado a la sesión. Pero no bastaban aquellos tres días transcurridos. Sin embargo, comprendía que en el fondo había algo extraño, que aquellas prácticas tenían una irresistible atracción, vagamente columbrada, que ser materialista rabioso podía muy bien ser una estupidez.

—¿Por qué no va a existir el espíritu? Muchos filósofos creen en su inmortalidad. Y luego, esta muchacha que me habla de mi hermana muerta de quien ella no sabía una palabra... Es muy raro todo esto.

Poco después llegó un señor catalán, que se llamaba Cadafach, que era magnetizador, a pesar de su aspecto de marchante de bisutería. Más tarde, dos hermanas solteras y jamonas, muy enlutadas y muy gazmoñas, con una fealdad capaz de asustar a los mismos *Kamarrupas*.

Kamarrupa es el espíritu grosero; cuando se muere un aguador, un guardiá o un echador de café, a su espíritu se le llama *Kamarrupa*; son los que dan golpes en los muebles, los que lo trastruecan todo, porque, según parece, el señor que ha sido un bruto en la tierra conserva su brutalidad en la vida del espacio. Lo cual es un consuelo, porque indica que ni aún más allá de la muerte nos vemos libres de los tontos, de los ignorantes y de los autores de género chico.

Las dos hermanas, Anatolia y Filomena, suspiraban constantemente y miraban de un modo devorador a un joven dependiente de comercio, elemento perturbador en las sesiones porque hacía chistes y ahuyentaba a los espíritus de buen gusto con su corbata de sedalina con los colores nacionales.

El tipo más interesante de la reunión era el doctor Romeral. Este señor era mago. ¿Os asombra la existencia de un mago en nuestro siglo? Y además se acordaba de sus existencias anteriores. Sin duda le fué simpático don Lulio, y mientras empezaban a hacer experimentos, le hizo obsequio de sus confidencias.

—Sí, señor; yo recuerdo haber estado en Milán cuando ajusticiaron a Savanarola y vi una vez a Lucrecia Borgia. Leonardo de Vinci era simpático, alto él, con barba rubia. A mí me invitó una noche a cenar, pero no pude asistir.

—¿Se le hizo a usted tarde?

—No, señor, fallecí, dos horas antes, de un ataque al hígado. Yo he tenido un hígado muy delicado en todas las encarnaciones.

Don Lulio, girando en la órbita de lo absurdo, comenzaba a no asombrarse de nada.

Romeral prosiguió:

—Yo sé el *eutaxio* de casi todos los hombres célebres de esta época.

—Y eso, ¿qué es?

—El *eutaxio* es la ciencia de conocer las vidas anteriores. Me da usted la fecha de su nacimiento y otros pequeños detalles, y por una operación matemática yo le digo que ha sido usted María Antonieta, por ejemplo. ¿Es admirable, verdad?

A don Lulio le disgustaba que una cosa tan maravillosa tuviese un nombre tan feo: ¡Eutaxio! Parecía un nombre de tabernero o de concejal. Eutaxio Martínez, por ejemplo.

—Ahí tiene usted a Lerroux. ¿Quién cree usted que ha sido en otra existencia?

—¡Cronwell!

—No, señor. ¡Sor Patrocinio, la monja de las llagas! El espíritu no tiene sexo.

—Para la falta que les hace en el vacío—pensó don Lulio.

Como ya estaban reunidos los oficiales, el señor de la perilla, que se llamaba don Matías Gómez de Acevedo, creyó oportuno abrir la sesión; contaban con dos *mediums*: Alicia, la señorita casi transparente y un joven sonámbulo, a quien hipnotizaba el señor Cadafach dándole unos gritos en catalán, capaces de poner en fuga al héroe de Cascorro.

Se sentaron en torno del velador,

formando la cadena magnética. Silencio. Se oía latir un viejo reloj, con un ritmo lento y melancólico.

A poco rato se oyó un leve crujido. El mueble levantó una pata y la dejó caer solemnemente. Don Lulio miró con desconfianza debajo de la mesa.

—*Miri, miri*—aulló el catalán,—no crea *vosté* que le damos con nuestras patas. Aquí no hay trampa.

El señor de la perilla preguntó:

—¿Estás ahí?

Un golpe quiere decir que sí. Sonó un golpe.

—Gracias. ¿Quieres decirnos tu nombre? Marca por golpes las letras del abecedario.

En el profundo silencio, la mesa fué marcando, claramente, con toda rotundidad, hasta diez golpes.

—¿Es la J? Un golpe sí y dos no. Sonó un golpe.

Y por este inocente procedimiento, el velador dictó la U, después la P, más tarde la I...

—¿Eres Júpiter?—preguntó el dependiente de mercería.

La mesa dijo claramente que sí.

—¿Eres el espíritu de Júpiter?—preguntó doña Anatolia.

Don Lulio dejó escapar una risita aguda, que desconcertó a la jamona sentimental.

—Pero si Júpiter no ha existido nunca. Es una ficción de la mitología.

—¡Ah, sí! Yo creía que era un general célebre—arguyó ingenuamente la otra hermana.

—Es un espíritu burlón—dijo gravemente el señor Acevedo.—Invuquemos a otra *entidad*.

Pero no les dió tiempo. El sonámbulo cayó *en trance* espontáneamente. Estaba pálido, con los ojos estrábicos, y echaba espuma por la boca.

—¿Le ha dado un ataque epiléptico?—dijo, asustado, don Lulio.—¿Que le echen un poco de agua por la cabeza!

—Es que va a hablar.

Y el sonámbulo habló:

—Apagad las luces.

Obedeciendo, el señor Acevedo dió un soplo al quinqué.

Doña Anatolia suspiró encantada. Junto a ella estaba el joven y seductor comerciante.

—Al lado de don Lulio veo una sombra; le acaricia, le da un beso en la frente... ¡Cuánta alegría hay en sus ojos!—dijo el *medium* con una voz apagada y triste.

El pobre bibliotecario se sintió invadido por un frío de terror. Aquella predilección de los difuntos le ponía muy intranquilo.

—¿A mí? Dice usted que...

No pudo proseguir. Su lengua parecía un pedazo de burlate; los pocos pelos del cráneo se le erizaban. Le pareció sentir un roce helado sobre la frente.

—¿Ve usted algo más?

—Sí; ahora veo una casa... Hay una mesa, un estante y gatos..., muchos gatos...

—¡Mi casa!—suspiró el espantado don Lulio.

—Otra vez la misma sombra.

El *medium*, convulsivamente, agitaba la mano derecha.

—¡Papel! ¡Dadme papel, que quiero escribir!

Sobre las cuartillas, a oscuras, la mano del sonámbulo trazaba palabras vertiginosamente.

—¡Luz!—gritó. Encendieron el quinqué.

Leyeron: "Déjate de aventuras ridículas a tu edad. El amor es para

los corazones de veinte años. El beso que se da con el bigote teñido mancha los labios de la amada."

El dictado era un poco ramplón, pero en el fondo, don Lulio veía una discreta advertencia.

Tras de otras experiencias triviales, se levantó la sesión. Ortiz estaba preocupado.

—Pero, ¿es posible que los muertos vuelvan? Esto desmorona toda mi filosofía. Yo era materialista. Nada había más allá de lo que comprendía mi razón. Mientras que ahora...

—Se descorre ante sus ojos el velo de un infinito—dijo la *medium*.—A nuestro lado hay siempre espíritus protectores, recibimos influencias mentales del otro mundo superior. ¿No le parece a usted dulcemente consoladora la idea de que los muertos queridos no se han ido para siempre?

Su voz era honda y penetrante, y su palabra era clara y fascinadora como un gran resplandor. Don Lulio se sentía dominado por la dulzura de aquella voz, por las pupilas febriles, por todo el encanto casi de ultratumba de aquella extraña criatura, toda ojos y toda alma en los ojos, que le hablaba un lenguaje nunca oído en el comercio diario con covachuelistas ramplones y con anodinos cofrades de café.

Cuando salió de la casa se sentía transformado. Algo nuevo florecía en su alma.

—¡No acaba la vida en las cuatro tablas del ataúd!—se decía.—¡Si fuera verdad!

EL DESTINO SINIESTRO

Quando llegó a su zaquizamí, don Lulio experimentó un terror vago, sin causa. ¡Estaba tan solo! Por primera vez le dió miedo su aislamiento de misántropo. Le rondaban la imaginación historias de aparecidos, y no se atrevió a subir a obscuras las escaleras. Sentía la presencia de *alguien* en la sombra.

Sus gatos, sus camaradas inseparables, le inquietaban un poco aquella noche.

—¿Por qué tendrán esa fosforescencia los ojos de los gatos? Parecen fuegos de cementerio.

La luna de Mayo llegaba hasta su lecho y resbalaba sobre su roja nariz. Encendió la pipa y pensó en los sucesos de aquella noche.

Precipitadamente se metió en el lecho y se tapó la cabeza con las ropas.

Recordó la traza del hipnotizador catalán, a las jamonas que creían que Júpiter era un general heroico, al doctor Romeral con su locura pintoresca. Todas aquellas gentes eran idiotas y ridículas. Pero, ¿y Alicia?

Recordó todas sus lecturas. Hombres de ciencia como Lombroso, William, Crookes, Leon Denis, Russell Wallace eran espiritistas. En las últimas obras de Galdós intervenía constantemente lo sobrenatural.—Sin duda en torno nuestro hay fuerzas desconocidas—pensó.—¿La vida no puede ser sólo este encañamiento de

días iguales y vacíos, de sucesos triviales, sin objeto, sin fin; sería demasiado absurdo haber nacido para ir a la oficina, comer, jugar al tute, hablar de mujeres. Y que le metan a uno después en la fosa bajo tierra, como una simiente de calabaza. Debe de haber algo más, si no, sería estúpido y cruel. Y, sobre todo, sin sentido. Y todo es armonía en este viejo monstruo de fuerza del universo...

Había terminado por pensar en alta voz y les estaba obsequiando a sus gatos con tan interesante discurso. En la sombra fosforecían las redondas pupilas felinas, como alucinantes moneditas de oro. Don Lulio cerró los ojos para no verlas y se durmió.

Pasó una noche muy desagradable. Soñó que le había hipnotizado el señor Cadafach. Y se veía en estado de catalepsia, todo rígido como un difunto. Luego, a pesar de los esfuerzos del magnetista, no podía tornarle al estado normal y todos se asustaron mucho. Hubo necesidad de llamar a un médico, quien, después de soplarle en los ojos y ponerle un espejo delante de la boca, exclamó:—Este señor está muerto.

Entonces todos rompieron a llorar. El pugnaba por decir:—¿No se asusten ustedes, que este médico es un kanguro. Estoy vivo, y si me echasen agua fría por el colodrillo volvería en mí.—Pero a pesar de sus esfuer-

zos, nadie le oía. Pugnaba por gritar y no se movían sus labios; parecía que tenía una capa de plomo sobre los ojos. Notaba que se le iban quedando fríos los pies. Esto le alarmó un poco.

El había leído que la mayor parte de los que se mueren no se dan exacta cuenta y tienen la ilusión de que siguen perteneciendo al plano de los vivos. Si le miran, se ven, porque la figura astral es lo mismo que la forma material. Muchos señores cadáveres, víctimas de ese espejismo, después de estirar la pata han seguido haciendo sus quehaceres de costumbre. Les sorprendía que no les respondiese nadie y que al presentarse en la tertulia del café no contasen con ellos para hacer el cuarto en la partidita de tresillo. Y hasta hubo un desventurado espectro que, al retirarse a descansar a su antigua casa, encontró a un señor rubio acostado con su mujer. Por la impresión, dió un salto y se halló súbitamente en los alrededores de Marte. Aquella funámbula extraordinaria le dejó estupefacto, ¡él, que siempre había sido reumático! Y aquel salto fué la revelación... Recordó que un día tuvo mucha calentura y la lengua muy negra. Después le bañaban. Más tarde recordó que sus amigos habían ido a su casa vestidos de luto y que quien más triste se ponía era un señor que recientemente le había prestado quinientas pesetas sin recibo...

Don Lulio pensó que quizás también él había desencarnado... Y rompió a llorar. ¿Qué iba a ser de sus gatos, abandonados? ¿A qué mano iría a parar su libro, *El arte de fumar en pipa*? Se vió entonces metido en un féretro, con la nariz muy abatida e

incolora y el abdomen muy abultado. Después llegaban los hombres de la funeraria, los siniestros lacayos de la muerte, y oyó que decían:

—Este *fiambre* no cabe en esta *petaca*.

Sintió una gran angustia cuando le cubrieron la cara con la tapa. Oyó después los golpes de martillo, empaquetándole para siempre. Después don Lulio se despertó. Un rayo de sol le bañaba la nariz.

En la puerta de su cuarto daban tremendos golpes. Creyó que seguía la pesadilla.

—Señor Ortiz, despierte, que tengo que darle una noticia transcendente en extremo.

Era el doctor Romeral.

Se levantó a abrirle en calzoncillos, cosa que le enojó mucho, porque ciertas prendas interiores son enemigas de la dignidad humana.

—¡Ah, señor Ortiz!—exclamó Romeral, todo deshecho en llanto.—Anoche *me he desdoblado*, y en el gran libro del futuro he visto escrito su destino de usted. ¡Es terrible, amigo mío! Pero yo cumplo mi deber al advertírselo. ¡Usted va a asesinar a una persona, señor Ortiz!

—¿Yo? ¡Eso es imposible!

—Desgraciadamente, *será*. ¡La magia es la magia! ¡La magia no miente nunca! Pero tranquilícese usted. Usted no es culpable de nada. Está escrito allá arriba. Los hombres somos sólo mezquinos instrumentos de *Lo Fatal*.

Don Lulio aterrorizado, estaba tiritando.

El aviso del Destino era escalofriante, y además le había sorprendido en paños menores.

LA PREMEDITACIÓN

Desde aquel momento, el ecuaníme bibliotecario estaba siempre triste, de mal humor, y no hablaba con nadie. La voz de Romeral era como un clavo dentro de su cabeza. Siempre tenía presente el aviso tremendo.

Estaba considerablemente más flaco. A sus camaradas de oficina les huía y les contestaba con medias palabras. Como estaba obsesionado por su idea torturante, cometía mil faltas en el servicio, lo que daba motivo para que el jefe, el señor beato y conservador, le reprendiese varias veces con acritud.

—¡Hombre, parece que está usted en Babia! A ese señor, que ha pedido el *Kempis*, le sirve usted una novela de Trigo... ¡Es usted un viejo pornográfico!

Don Lulio callaba. Se había propuesto sufrir toda clase de humillaciones, sin encolerizarse. Quería ser un modelo de humildad y de resignación. ¡Todo, menos el crimen! Era preciso conjurar los designios del Destino.

Cuando alguien le empujaba en la calle, se deshacía en excusas con el atropellador.

—No, señor, no es nada; apenas si me ha tropezado usted... Vaya sin cuidado, que no me ha hecho daño...

Soportaba las comidas pésimas del pequeño restorán donde iba a yantar; no protestaba ni de los cigarros malos ni de las sinrazones de su portero, ni de la mala educación de los cobrado-

res de los tranvías. No quería regañar con nadie.

Únicamente le excitaba el jefe de su oficina. El señor beato le mortificaba de continuo.

—Tiene usted una letra detestable, señor Ortiz. Mire usted esta jota, que parece un sacacorchos...; claro, con esa vida de crápula, cómo va usted a tener buen pulso. Ate usted esos legajos pronto, viejo verde...

Don Lulio se mordía los labios y callaba.

Otro día le dijo:

—Señor don Lulio, me ha dicho el ujier que toma usted todos los días café con tostada en la biblioteca. Aquí no se viene a desayunar; esto no es un figón.

—Es que, para no llegar tarde, me vengo en ayunas...

—Pues se fastidia usted... Y además, siempre con la cachimba en la boca... Usted no es un bibliotecario, usted es una chimenea. Ya lo sabe usted: a mí me molesta el humo, y aquí no se fuma.

Aquello ya era demasiado. Pedirle que dejara de fumar era pedirle lo imposible. Su pipa era el único refugio para sus tristezas, para sus ensueños. Era el eje de su vida, su única voluptuosidad. El había nacido principalmente para fumar en pipa. Aquel señor quería torcer su Destino...

¡Y el Destino es inmutable! Esta exclamación le sugirió una idea... Si

tenía *que ser*, si la fatalidad quería que él suprimiese a un semejante, ¿por qué no había de ser el elegido aquel oficinista despótico y mal educado que le amargaba la vida? Sí, in-

dudablemente, él debía de asesinar a su jefe.

Así se cumpliría el mandato de lo desconocido; habría una vacante, y sus cofrades se lo agradecerían mucho.

LA NUEVA PARCA

Don Lulio planea el procedimiento para realizar su siniestro propósito. ¿Qué arma elegiría? El puñal mancha la mano y el vestido; adquiriría el aspecto de un matarife, y eso no era estético. Don Lulio le quería asesinar de una manera decente.

El revólver era escandaloso; además, a Ortiz le asustaban mucho las armas de fuego. Pensó en el veneno. Sí, eso era lo mejor. El jefe de su oficina moriría envenenado, como un ratón goloso. Don Lulio concibió un plan.

Conocía a un boticario muy extravagante, que era vegetariano. Tenía su farmacia en una callejuela extrañada, y ostentaba este rótulo alarmanante, con letras iluminadas:

LA NUEVA PARCA

Farmacia del licenciado Celso

Celso era un hombre pintoresco y paradójico, que solía decir a sus clientes:

—Mire usted; yo le voy a despachar esa porquería de salicilato que usted quiere... Probablemente, se pondrá usted peor, y acabará por estirar la

pata...; Y le estará bien empleado, por bruto! Las drogas son una ponzoña. La fruta y el agua es lo natural... Yo no engaño a nadie, vea usted el título de mi casa: *La nueva Parca*, ¿eh?; como que estoy asesinando a la vecindad con mi complicidad con los señores médicos. Este es mi oficio, y lo cumplo como el verdugo y el enterrador el suyo. Pero lo aviso. ¿Qué, quieren ustedes belladona, Carabafia, nuez vómica? Bien; cuando ustedes se mueran, tendré mucho gusto en ir al entierro...

Solía obsequiar a la clientela con estas extraordinarias razones. Tenía sus enfermos, y éstos estaban atendidos al régimen de la alimentación natural, de los productos de la tierra.

Cuando llegó don Lulio era la hora de consulta y tuvo que aguardar entre los enfermos del licenciado Celso.

—Y usted, ¿sigue a crudo, señora? preguntó una viejecita a otra contemporánea que hablaba sin voz y estaba transparente como una fantasma.

—Sí, señora. Por la mañana a uvas, y por la noche una pera.

Don Lulio oía muy interesado. Le pareció que aquel régimen era una

cosa muy absurda para una dama de tanta edad.

—Pues a mí ya me deja comer repollo cocido sin sal. Estoy muy contenta.

Cuando don Lulio le expuso su deseo, el boticario le miró con desconfianza. ¿Se querrá suicidar este bibliotecario sentimental? Ortiz trató de convencerle.

—Es que hay ratones y se comen mis libros. Quiero una cosa fuerte, se lo ruego a usted. ¿No sabe usted qué tranquilo me quedará después!

Aumentaron las alarmas del farmacéutico. Pero al cabo pareció vencerse.

—Bueno. Rocíe usted con estos polvos un pedazo de queso o disuélvalos en cualquier líquido... y pasará lo que usted quiere.

—Y, ¿usted cree que no lo notarán los ratones?

—¡Quíá, hombre, no tiene sabor. ¡Pues sí que son finos de paladar sus ratones de usted.

A la mañana siguiente, cuando la doméstica le llevó el almuerzo al jefe, don Lulio aprovechó un descuido y vertió sus polvos en media docena de ostras succulentas.

—¡Conque ostras! ¡Un alimento tan afrodisíaco! ¡Pues vas a sentir el dulce cosquilleo del amor en la eternidad, viejo cochino!

Su voz era tenebrosa y terrible. Era una de esas tragedias hondas, mansas y feroces de la vida vulgar. Un odio de oficinista que acrece día por día, detalle tras detalle.

Era un drama con personajes caricaturales de sainete.

IRONÍAS DE LO FATAL

En una semana no fué a la biblioteca. ¿Qué habría pasado? Compraba los periódicos para buscar la esquila de defunción; leía la sección de sucesos. Nada, no tenía ninguna noticia de los restos del abominable coyachuelista.

Andaba desasosegado; salía por las noches y paseaba, hablando solo, por los barrios extremos. Comprendía que hacía mal en no ir a la biblioteca. Si acaso sospechasen... Sentía horror a la cárcel, tal vez al patíbulo.

Era necesario afrontar la situación con serenidad.

A la mañana siguiente se encaminó a su oficina. ¿Qué emoción al pasar junto al despacho de su víctima! Sentía la atracción de todos los criminales hacia el paraje del delito. Se detuvo y reconstruyó la escena del crimen: el señor beato que ingiere las ostras envenenadas, los primeros síntomas, la alarma entre sus subordinados, que ponían cara de tristeza, brincándoles el regocijo en el alma. Luego

el reventón, la capilla ardiente, el momento terrible de caer la tierra sobre la caja...

La puerta del despacho se abrió suavemente y don Lulio creyó morir de espanto. Ante él estaba la sombra de su víctima. Y habló la sombra:

—¿Ha parecido usted ya? ¿Le ha durado a usted ocho días la borrachera? ¡Carcamál! ¡Váyase a su pupitre inmediatamente!

De seguro que el jefe tenía un ángel a su lado, que le había impedido comer las ostras trágicas. ¡Cuando él le creía en la gusánera! Volvía al horror de antes. Si no era a aquel hombre tan desagradable, ¿a quién iba él a asesinar?

Estaba en una situación de espíritu espantosa. Bajo el imperativo de la fatalidad, no podía descansar hasta que se cumpliese el designio fatídico. ¡Que fuese cuanto antes!

Así llegó la noche.

Don Lulio cenó muy poco, abstraído en sus tremendas perplejidades. Salió a la calle. Una voz misteriosa le decía que aquella noche *sería* lo que *había de ser*.

Era en los comienzos del verano. Una noche sensual, fragante y toda encendida de luceros. Pasaban las mujeres, con el cuello desnudo, llameantes los ojos de voluptuosidad, envueltas en una magia de ensueños de lujuria y del romanticismo de una noche galana. Había por todas partes un triunfo de carne joven, una gran violencia de fragancia, de ardor de vida desbordante.

Don Lulio pensó un momento en Purita y un lagrimón sentimental rodó de sus ojos y le apagó la pipa.

Iba lentamente, contemplando a los transeúntes, esperando de un instante a otro el mandato interior que le dijese:

—¡Estrangula a ese señor gordo que se va contemplando las sortijas! Es un imbécil. No tiene importancia que desaparezca.

Pero avanzaban las horas y don Lulio no oía nada.

Descendió por la calle de Toledo y se internó por las avenidas del Canal. Entre los árboles avanzaba una vieja, medio tullida y medio ciega, apoyada en una cayada, astrosa y deforme, que ofendía a los ojos su fealdad y daba asco y angustia su miseria extremada.

Don Lulio creyó haber hallado al fin su víctima.

—¿No es un bien librar a este gusano miserable de la carga de su desdicha? ¿Qué importa que se muera esta vieja mendiga, costra ambulante, que afea los lugares por donde pasa y perturba la respetable digestión de las gentes de orden limpias y un poco egoístas tal vez? Si es una obra de altruismo.

Al volverse a la anciana, con los dedos crispados para engarfiarlos a su cuello, le habló la miserable con una voz humilde y adolorida.

—Haga un bien de caridad, caballero.

—¿Y usted, para qué diantres necesita el dinero, buena mujer?

—Toma—repuso sonriendo—, para vivir.

—¿Y cree usted que no ha vivido ya bastante?

—Ya voy para los *tres reales y medio*, es verdad. He vivido mucho y he visto tantos males y tantas muertes... ¿Pero qué voy a hacer? Tengo que *mangar* para ir tirando de esta vida tan perra y sacar adelante a mi nietecillo, que aún no cumplió cinco años; vivo aquí, en el barrio de las Injurias, entre los gitanos.

Don Lulio comprendió que aquella vida tenía una alta utilidad sentimental y, después de conmovirse un poco, le dio a la vieja todas las monedas que llevaba encima.

Pero aquello no podía ser. ¿Se iba a pasar la noche sin que él cumpliese *con su deber*?

Estaba junto a la orilla del río. Se

veía a lo lejos Madrid, con sus campanarios, envueltos vagamente en un turbante de neblina argentada. En el río se reflejaban las estrellas temblorosas. A lo lejos se veían las rutas, llenas de farolillos en hileras que parecían las luminarias sobrenaturales de la Santa Compañía. Todo estaba solitario. Sólo un hombre, apoyado de codos en el barandal del puente, contemplaba al Manzanares.

Entonces don Lulio escuchó la voz interior. Se acercó al desconocido cautelosamente se abalanzó sobre él, y tras de breve lucha, el cuerpo del con-

templador del Manzanares hizo una pirueta en el aire, y se hundió en el río goyesco.

¡El Destino estaba cumplido!

Don Lulio se inclinó sobre el puente para verle caer y exhaló un grito de asombro. A la luz de las estrellas don Lulio reconoció a su víctima. Vio la calva reluciente y las barbas ralas del doctor Romeral, el mago.

Pero el Destino no se cumplió del todo. Afortunadamente, el señor que recordaba sus existencias anteriores sólo sufrió unas leves magulladuras y el chapuzón...

LA ÚLTIMA PÁGINA

En medio de un jardín tranquilo donde no llega el rumor ciudadano, don Lulio, tras de lengua convalecencia, repasa su libro favorito.

En el sanatorio le han cuidado bien; el aire puro, el reposo y las duchas le han curado de locos amores y de absurdas especulaciones.

Al recordar el pasado, sonríe. Repasa lentamente su manuscrito, síntesis del humano saber, de la erudición y de la experiencia. En la última página ha escrito con mano temblorosa una elegía para el muerto amor de Purita y un soneto burlesco para el doctor Romeral.

Es la tumba de sus sueños sentimen-

tales, de sus anhelos de desconocido. ¡Ya qué más da!

Cae la tarde dulcemente. Vuelan las hojas secas.

Una monja bella y suave llega a traerle el chocolate. Don Lulio se lo toma con la golosa unción de un canónigo. Después escribe en su libro: "El chocolate con picatostes es una de las pocas cosas perfectamente serias de este bajo mundo".

Esta es la última frase del libro transcendental que, tras de mucho pensar y acendrado vivir, tituló nuestro sabio amigo *El arte de fumar en pipa*.

Don Lulio era un grande hombre.

Emilio Carrère

“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños

25 céntimos



SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.
Especialidades “ZEA” Fontuny, 15, Barcelona.



ALMORRANAS

internas ó externas, grietas, etc. etc. recientes ó crónicas. Absolutamente segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =** Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones!! Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja Pida muestras gratis para convencimiento resultado. MADRID, Gayoso = BARCELONA, Segalá = ZARAGOZA, Jordán = VALENCIA, Cuesta = MURCIA, Seiquer y principales farmacias. Remítase mandando cinco Pesetas al Representante Pousarxer, Marques Duero, 84-Apartado.481 Barcelona

Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-

Insuperable

*para
el engrase
de
los autos*



OLEO-MOTOR

*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

SUMMIT

Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico nervioso

Ayuntamiento de Madrid



No pierda V. el tiempo pensando cómo se escribe tal o cual palabra o cuál es su etimología.



Es inútil que lea V. ciertos libros si no tiene un buen Diccionario para conocer el verdadero sentido de la palabra.

Los **DICCIONARIOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA** publicados bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española, le resolverán todas las dudas en un minuto

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

(Segunda edición corregida y aumentada.)

Este diccionario de 1. 756 grandes páginas, con un total de 120.000 artículos, contiene:

- a) Todas las voces de la 14.^a edición del Diccionario de la Academia, con numerosos ejemplos y el régimen que en cada caso tienen.
- b) 20.000 americanismos.
- c) 15.000 tecnicismos, arcaísmos y neologismos.
- d) Numerosas locuciones latinas y extranjeras.
- d) Los principales paradigmas de conjugación de los verbos españoles.
- e) La lista de los verbos con expresión del modelo a que en su conjugación se ajustan.

Este Diccionario es indispensable a todos los que deseen escribir y hablar correctamente el idioma español.

Precio: encuadernación corriente 12,50 ptas. En $\frac{3}{4}$ tafilete 15 ptas.

NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Este Diccionario, redactado sobre el **DICCIONARIO ALEMANY**, conocido ya en toda España y la América latina, cumple el fin de reducir el tamaño y el precio para facilitar su divulgación.

Precio: 5 pesetas.

De venta en todas las librerías, o directamente a

RAMON SOPENA.—Provenza, 95.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid